

Amin Maalouf

El laberinto de los extraviados
Occidente y sus adversarios

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia
y Amaya García Gallego

Alianza Editorial

Título original: *Le labyrinthe des égarés: L'Occident et ses adversaires*

Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



© Éditions Grasset & Fasquelle, 2023
© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
ISBN: 978-84-1148-691-0
Depósito legal: M. 4.678-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo
17	I. Las chispas japonesas
81	II. El «paraíso» de los trabajadores
155	III. Una marcha tan larga
269	IV. La ciudadela de Occidente
335	Epílogo. Un mundo por reconstruir
363	Bibliografía

*En memoria de mi madre,
nacida en Egipto en 1921,
fallecida en Francia en 2021.*

PRÓLOGO

«El pasado nunca muere.
Ni siquiera es pasado».

*«The past is never dead.
It's not even past».*

William FAULKNER (1897-1962),
Réquiem por una mujer

LA HUMANIDAD PASA HOY por uno de los períodos más peligrosos de su historia. En algunos aspectos, lo que está sucediendo no tiene precedentes; pero, en otros, es una herencia directa de los conflictos anteriores que enfrentaron a Occidente con sus adversarios. Este libro trata de estos enfrentamientos del pasado remoto y cercano.

No voy a extenderme mucho en las relaciones que trajo consigo, en todas las latitudes, la expansión colonial europea, y que fueron incontables. Lo que pretendo es centrarme en un ámbito mucho más limitado como es el de los países que, en el transcurso de los dos últimos siglos, han intentado resueltamente poner en tela de juicio la supremacía global de Occidente.

Solo tomo en cuenta tres: el Japón imperial, la Rusia soviética y, por último, China.

ANTES DE TRAZAR SUS TRAYECTORIAS, tan singulares, y sin pretender anticipar el desenlace de los conflictos actuales, se impone una pregunta: ¿de verdad lo que estamos viendo en la actualidad es el declive de Occidente?

No se trata, ni mucho menos, de una pregunta nueva, sino que se lleva planteando de forma recurrente desde la Primera Guerra Mundial; las más de las veces, por cierto, de la pluma de los propios europeos. Lo cual no resulta una sorpresa, ya que las potencias del Viejo Continente han conocido, en efecto, una «pérdida de categoría» en relación con el rango que ocupaban en el mundo en tiempos de los grandes imperios coloniales.

No obstante, buena parte de la preponderancia perdida la «recuperó» esa otra potencia occidental que son los Estados Unidos de América. La magna nación de allende el Atlántico se alzó hasta el primer puesto hace más de cien años; ella fue la que se encargó de bloquear el camino a todos los enemigos de su bando; y, en el momento en que escribo estas líneas, conserva la primacía merced a su potencia militar y su capacidad científica e industrial, así como a su influencia política y mediática en el conjunto del planeta.

¿También estará ella a punto de caer de su pedestal en la actualidad? ¿Estaremos asistiendo a la pérdida de categoría de todo Occidente y a la emergencia de otras civilizaciones, de otras potencias dominantes?

En lo que a mí se refiere, a estas preguntas que, inevitablemente, seguirán persiguiendo a nuestros congéneres durante todo el presente siglo, les daré una respuesta matizada: sí, el declive es real y adquiere a veces la apariencia de una auténtica quiebra política y moral; pero todos cuantos combaten a Occidente y cuestionan su supremacía, por razones buenas o malas, se hallan en una quiebra aún más grave que la suya.

Mi convicción, en este asunto, es que ni los occidentales ni sus numerosos adversarios son hoy capaces de conducir a la humanidad fuera del laberinto en el que anda perdida.

SEMEJANTE DIAGNÓSTICO SUPONGO QUE TRANQUILIZARÍA a algunos de mis contemporáneos. Conscientes de las dificultades por las que pasan sus propias naciones, no les disgustaría pensar que las demás lo están pasando igual de mal. Pero, si nos situamos en una perspectiva más amplia, este *extravío* generalizado, este *agotamiento* del mundo, esta incapacidad de nuestras diversas civilizaciones para resolver los espinosos problemas a los que debe enfrentarse nuestro planeta, solo puede ser motivo de angustia.

Me complace creer, sin embargo, que esta aprensión que siento y que otros muchos notan bajo todos los cielos acabará por traer consigo una toma de conciencia saludable. Aunque ninguna nación, ninguna comunidad humana, ningún ámbito de civilización posea todas la virtudes ni cuente con todas las respuestas, aunque ninguna tenga ni capacidad ni derecho para ejercer su dominio sobre las demás, ni ninguna tampoco quiera que la sometan, que la rebajen ni la marginen, ¿no deberíamos volver a plantearnos en profundidad la forma en que se gobierna nuestro mundo para prepararles a las futuras generaciones un porvenir más sereno, que no esté compuesto de guerras frías o calientes ni de luchas interminables por la supremacía?

PUES ESTAMOS ERRANDO EL CAMINO si creemos que a la humanidad tiene que encabezarla obligatoriamente una potencia hegemónica y que solo quepa la esperanza de que lo haga la menos mala, la que cometa menos atropellos, aquella cuyo yugo sea menos pesado. Ninguna merece ocupar una posición tan abrumadora, ni China, ni América, ni Rusia, ni la India, ni Inglaterra, ni Alemania, ni Francia, ni tan siquiera Europa unida. Todas, sin excepción, se volverían arrogantes, depredadoras, tiránicas, odiosas, si se hallasen en una situación de omnipotencia, por más que fuesen portadoras de los más nobles principios.

Tal es la gran enseñanza que nos prodiga la Historia y hay en ella quizá, por encima de las tragedias de ayer y de hoy, el esbozo de una solución.

I

Las chispas japonesas

«Se abandonarán los malos hábitos del pasado y todo se basará en adelante en las justas leyes de la naturaleza. Se buscará el saber por el mundo entero...»

Juramento del emperador Meiji,
6 de abril de 1868

EN LOS ÚLTIMOS DÍAS de mayo de 1905 se propagó una noticia inaudita que procedía de Extremo Oriente: la flota imperial rusa, que había zarpado con gran pompa del Báltico siete meses antes con el propósito de castigar a los japoneses, había quedado, al parecer, reducida a la nada; por lo visto, más de cinco mil hombres habían perecido en el mar y otros seis mil habían caído prisioneros, entre ellos el vicealmirante Rozhéstvenski; a este, herido en la cabeza, debían de estar atendiéndolo en ese momento en un hospital de la isla de Kyushu, a donde su adversario, el almirante Togo Heihachiro, artífice de la victoria, parece ser que fue a hacerle una visita de cortesía y a interesarse por su salud.

La incredulidad y la estupefacción cundieron por todo el mundo. ¡Hacía tanto que las potencias europeas ponían en práctica con rigor y eficacia la política de la fuerza, la llamada «diplomacia de cañonero»! Cuando un sátrapa de ultramar, ya fuese el dey de Argel, el nabab de Bengala, el sultán de Zanzíbar o incluso el emperador de China, se mostraba recalcitrante, falto de docilidad o insolente, se enviaban unos cuantos barcos para que depusiera su mala actitud.

Y de pronto, allí, en el estrecho de Tsushima, a los cañoneros del zar los mandaron irrespetuosamente al fondo marino. Del conjunto de buques de la flota, que eran alrededor de treinta, solo tres pudieron llegar a Vladivostok.

A quienes seguían de cerca los acontecimientos del año transcurrido no debería haberlos pillado por sorpresa. Desde el principio del conflicto, en febrero de 1904, los rusos daban señales de debilidad tanto en tierra como en el mar. En las cancillerías se rumoreaba que el imperio de los zares, aun siendo inmenso, no dejaba de estar, cuando menos, igual de enfermo que el de los sultanes otomanos. Pero pocos se esperaban semejante derrota.

Tanto en Londres y Berlín como en París o Viena, los periódicos subrayaban que, por primera vez, un «pueblo de color» había puesto en jaque a una gran potencia europea y alertaban a sus lectores contra «el peligro amarillo». En los Estados Unidos, una de las pocas personas en alegrarse del acontecimiento resultó ser, cómo no, el profesor universitario negro W. E. B. Du Bois, que se mostró agradecido a los japoneses por haber roto con «la estúpida magia moderna de la palabra “blanco”».

*

HACÍA CASI MEDIO MILENIO QUE el «hombre blanco» había asentado su preeminencia en el mundo. Si fuese menester atribuirle un siglo a tal «encumbramiento», ese sería el siglo xv.

El *Quattrocento*, como lo llaman los italianos, había comenzado, no obstante, bajo otros auspicios. A partir de 1405 había llevado a cabo varias expediciones marítimas una gigantesca flota china que llegó a contar con una tripulación de veintiocho mil hombres y más de doscientas naves, entre ellas alrededor de sesenta juncos inmensos que transporta-

ban tanto a la ida como a la vuelta tesoros fabulosos. Se hallaba al mando de un personaje fuera de lo común, el almirante Zheng He. Nacido en una familia de altos funcionarios chinos de religión musulmana, su cometido era explorar todas las zonas costeras que iban desde las islas de La Sonda hasta el Cuerno de África, pasando por las Indias, Persia y la Península Arábiga, para describirlas y realizar mapas, para establecer con ellas relaciones de intercambio, para demostrar, mediante la munificencia de la flota, la del soberano que la había armado, y también, siempre que pareciese factible, para obtener de los vasallos del Imperio del Centro los tributos que dejasen constancia de ese vasallaje.

Zheng He podría haber pasado a la Historia como el primero de un linaje de exploradores chinos, pero su séptimo viaje iba a ser el último. La llegada de un nuevo emperador en 1424 cambió la situación y quebró el envite. Se decretó que las expediciones habían sido onerosas y superfluas. Se descuidó la flota, que empezó a deteriorarse. Se ordenó luego su destrucción, so pena de severos castigos para cualquiera que intentase volverla a forjar.

China se encerró entonces en sí misma, infligiéndose un prolongado estancamiento del que iba a tardar siglos en desarraigarse.

EN ESA MISMA ÉPOCA, PERO en el otro extremo del mundo, se iniciaba el movimiento inverso. Un príncipe europeo, Enrique de Portugal, apodado el Navegante, aunque había navegado muy poco, decidió financiar y apadrinar una serie de expediciones por las costas que iban hacia el África negra. Empezaron con el descubrimiento de las Azores en 1457, continuaron hacia el golfo de Guinea, por donde los europeos no se habían aventurado nunca, y luego hacia el cabo de Buena Esperanza.

En las décadas siguientes surcaron todos los océanos capitanes, aventureros, negociantes, botánicos y misioneros procedentes de Gé-

nova, Venecia, Oporto, Bristol, Ámsterdam o Saint-Malo. Una extensa empresa de exploración, colonización, explotación y conquista que iba a convertir a Europa occidental durante siglos en el centro político, económico e intelectual del planeta.

La iniciativa del infante don Enrique no era solo fruto de su pasión personal por explorar la Tierra, sus poblaciones y sus riquezas. Se incluía en un amplio movimiento de despertar cultural y de florecimiento que merece con creces el nombre que se le ha dado en la Historia: el Renacimiento. Con él, el Occidente cristiano empezó a salir del largo túnel que supuso para él la Edad Media, un milenio entero que inauguraron las invasiones bárbaras y que concluyó con la peste negra y la guerra de los Cien Años.

Aunque se conciba como un regreso a la época gloriosa de la Grecia y la Roma antiguas, el Renacimiento iba a ser muchísimo más. Una civilización eminentemente nueva iba a nacer y en cien ámbitos al mismo tiempo, desde las prácticas comerciales hasta las técnicas artísticas, sin olvidar la imprenta, un invento chino que recogió y desarrolló Gutenberg a partir de 1440.

Original y audaz, la civilización europea nacida del Renacimiento iba a llevar a cabo lo que ninguna otra había podido hacer antes que ella: conquistar, tanto en sentido propio como figurado, el planeta entero, con los métodos más refinados y también los más brutales.

DURANTE LOS CUATRO SIGLOS posteriores, desde el XVI hasta el XIX, la supremacía de Occidente no dejó de extenderse y consolidarse. En el conjunto del planeta y en todos los ámbitos.

Al principio, los otomanos albergaban aún la esperanza, a rebufo de su conquista de Constantinopla en 1453, de ampliar sus fronteras hasta Budapest y hasta las puertas de Viena. Pero ese envite se quebró tanto en tierra como en mar. Y, aunque su imperio no se transformó en el acto en ese «hombre enfermo» que acabaría siendo, nunca más volvió a tener capacidad para imponerse.

De hecho, durante mucho tiempo, en ninguna parte del mundo emergería de nuevo ninguna potencia capaz de poner en tela de juicio la preeminencia de Europa. Sí que hubo, bien es cierto, aquí y allá dinastías gloriosas, como los mogoles en la India, quienes construyeron el Taj Mahal, o los safávidas de Persia, artífices del esplendor de Isfahán. Pero solo los europeos albergaban aún ambiciones planetarias, solo ellos fraguaban dominios allende los océanos y los mares.

Los primeros imperios que abarcaron varios continentes fueron los de España y Portugal, que se repartieron la mayor parte del Nue-

vo Mundo; no tardaron en unirse a ellos Inglaterra, Francia y los Países Bajos; y, mucho más tarde, en el siglo XIX, tres estados recién constituidos que aspiraban a su pedazo del «pastel» colonial: Bélgica, Alemania e Italia. Por su parte, los rusos habían iniciado la empresa de conquistar, con sucesivos avances territoriales, un gigantesco imperio asiático que iba desde las estribaciones de los Urales hasta las orillas del mar de Japón, donde fundaron Vladivostok en una península que les cedió China.

Allí donde a los europeos les pareció ventajoso, sobre todo en las Américas, así como en Australia, fundaron colonias para asentar pobladores que, en ocasiones, se mezclaban con las poblaciones locales, aunque las más de las veces las desposeían de sus tierras, expulsándolas o matándolas. A otros lugares se limitaron a enviar a soldados y administradores. Generaciones de escolares estudiaron en libros de texto en los que, en los mapas del mundo, se veían amplias zonas de color rosa, azul, morado, amarillo o verde, que correspondían a los diferentes imperios coloniales europeos. Y aquel no era más que un aspecto de la realidad. Muchos países, sin que los pintasen de esos colores, estaban sometidos a «capitulaciones», a «tratados desiguales» o a protectorados forzosos.

SI ESA EXPANSIÓN GEOGRÁFICA PUDO seguir y perpetuarse fue porque la acompañaba un formidable auge material y moral que iba a transformar en profundidad a las naciones afectadas.

A partir del siglo XVIII, Europa occidental entró en la era de la Revolución Industrial, que comenzó en Inglaterra antes de llegar al continente y fue, innegablemente, uno de los giros más decisivos de toda la aventura humana. Con ella se puso en marcha un florecimiento vertiginoso de las ciencias, las técnicas y las ideas que ya no iba a encallar nunca y engendraría la civilización más avanzada, más

dinámica y más ambiciosa de la Historia. Una civilización prometeica cuyos herederos y cuyas hechuras seguimos siendo todos aún hoy, sean cuales sean nuestras filiaciones y nuestras creencias.

Al tratarse de un movimiento tan amplio y tan complejo resultaría fastidioso engolfarse en un estudio detallado de sus orígenes, de sus etapas o de sus consecuencias. Me limitaré, pues, a recordar aquí lo que es evidente, a saber, que la Revolución Industrial, al tiempo que garantizaba a los occidentales su preponderancia económica y su superioridad militar, trastornó a fondo sus sociedades; una metamorfosis que fue a menudo traumática, pero que acabó por dejar asentada su supremacía intelectual y moral en el mundo entero.

Cuajaron ideas nuevas, referidas a los ciudadanos y sus derechos, a los gobernantes y sus deberes, al lugar de la religión y sus límites. Acontecieron magnos alzamientos, en especial la Revolución Gloriosa inglesa en 1688, la Guerra de la Independencia americana en 1776 y la Revolución francesa en 1789, que iban a traer a los pueblos afectados una nueva confianza y a identificar a Occidente, a ojos del mundo entero, con las nociones de modernidad, libertad y progreso.

En adelante este iba a dominar por la fuerza del saber y del pensamiento tanto como por la fuerza de las armas. A las demás ramas de la humanidad, incluso a las naciones más poderosas, incluso a las que habían edificado en el pasado grandes civilizaciones y poderosos imperios, no les iba a quedar más remedio que reconocer su preeminencia. El planeta no iba a vivir ya más que al ritmo de los occidentales, de sus inventos, de sus rivalidades, de sus utopías, de sus revoluciones, de sus guerras tanto como de sus tratados de paz. Solo ellos iban a interpretar aún auténticos papeles en el escenario del mundo; los demás no iban a ser ya más que comparsas, supletorios, figurantes a la vez pasmados, maravillados, doloridos, frustrados e impotentes,